







195

M-10510

R-4716

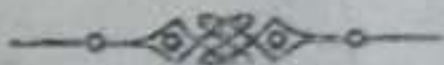
LA FAMILIA CRISTIANA.

AVENTURAS DE PERIQUILLO,

averiguadas y contadas

POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.



MADRID:

A. PEREZ DUBRULL, EDITOR.

Barco, 9 primero, cuarto tercero.

1871.

AVENTURAS DE FRIBOLLO

DE ANTONIO DE FRIBOLLO

MADRID, 1871.—Imprenta á cargo de D. A. Perez Dubrull,
calle del Pez, 6, principal.



—¡Arre, borriquito!

AVENTURAS DE PERIQUILLO.

I.

El autor de este librito echa una parrafada á modo de prólogo. — Los bienes y el llanto de Mari-Juana cuando enviudó. — La Casamentera y el cuento de la viuda. — Homobono. — Impugna el señor cura las falsas ideas de Homobono. — La Casamentera saca los colores á Homobono y Mari-Juana. — El marido de Mari-Juana resucita.

Mari-Juana quedó viuda con un niño de dos años. Este niño es nuestro Periquillo, el héroe de la historia que vamos á contar para solaz y enseñanza de los niños. Lean esta verídica y sucedida historia los buenos y los malos, y particularmente los malos, que lo son todos aquellos que, en lugar de obedecer á sus padres y sus maestros, é ir muy formales y contentos á la escuela, y desvivirse por aprender la lección, y respetar á los mayores, y compadecer á los pobres y desgraciados, por un oído les entra y por otro les sale lo que sus padres y maestros les mandan, aconsejan y enseñan; y cuando van á la escuela, van rabiando, ó se entretienen en apedrear los árboles y las casas, y en lugar

de estudiar la leccion, estudian diabluras para cuando salgan de la escuela, y hacen burla de los pobres y los ancianos. Para estos niños malos ha de ser muy útil esta historia, aunque tambien lo ha de ser para los buenos. A los buenos les dirá: "Seguid siendo buenos;" y á los malos: "Si no os enmendais, ¡pobres de vosotros!"

Unos chicos jugaban un dia á la escuela, y el mas grandullon hacia de maestro y decia á sus discípulos:

—Niños, delante de los cerdos no se deben hacer porquerías, que hartas saben ellos sin enseñarles mas con el mal ejemplo.

Delante de vosotros, señores lectorcitos de este librejo, va á hacer Periquillo, no diré porquerías, que eso no se lo permitiré yo, pero sí picardías, que allá se andan. Yo no temo que tengan el inconveniente de que hablaba á sus discípulos el maestro de mentirijillas: en primer lugar, porque vosotros teneis el criterio de que carecen los de la vista baja para imitar lo bueno y detestar lo malo, y en segundo, porque ya vereis, ya vereis qué caritas le costaron al Sr. Periquillo sus picardías.

Pero dejémonos de prólogo, y volvamos á la pobre mamá de Periquillo.

Mari-Juana tenia una casita con cuatro ó cinco fanegas de tierra, y con esto y una docena de ovejas, una pareja de bueyes, dos vacas

y unas gallinas, vivia perfectamente la familia, por supuesto trabajando mucho; pero cuando se le murió el marido, ¿cómo se iba á gobernar la pobre Mari-Juana para labrar sola las heredades, y cuidar el niño, y la casa, y el ganado?

Hacia ocho dias que se le habia muerto el marido, y se pasaba aun los dias y las noches llora que llora. Entre las muchas vecinas que iban á verla y consolarla, fue una que le llamaban por mal nombre la Casamentera, porque era muy buena mujer y de mucha habilidad para aconsejar y avenir voluntades, y en cuanto veia que un casamiento podia servir para honrar á Dios y al prójimo, le arreglaba en menos que canta un gallo.

—Mujer, le dijo la Casamentera: es necesario que te enjugues esos ojos, y reflexiones con serenidad y calma lo que has de hacer para criar como Dios manda á esa criatura que ya no tiene mas amparo que el tuyo. Ya se sabe que ninguno tenemos la vida asegurada, sino, muy al contrario, espuesta á acabar cuando menos se piense; y así, no nos debe parecer cosa del otro juéves el que se nos muera la persona que mas queremos, ni aun el que la muerte llame á nuestra puerta para llevarnos á nosotros mismos. Si tu marido te ve desde el cielo, como de seguro te verá, más agradecerá que hagas por ti y por esa criatura lo que él haria si viviese, que no que te echés en el surco,

como suele decirse, y te dejes morir y dejes que esa criatura se muera.

Mari-Juana seguía llorando sin consuelo á pesar de estas reflexiones, y la Casamentera se propuso no salir de allí sin consolarla y alegrarla un poco.

—Pero ¿cómo quiere V. que no llore sin consuelo al pensar en el marido que he perdido? exclamaba Mari-Juana.

—Mujer, quizás encuentres otro tan bueno como él...

—¡Imposible! porque el pobrecito que cubre la tierra era de lo que no hay.

—Ea, pues para que te distraigas un poco, te voy á contar un cuento de viuda. Una mujer acababa de enviudar, y su marido estaba de cuerpo presente. Un amigo de la casa, soltero y hombre de consejo y mundo, procuraba consolarla. «¿Cómo quiere V. que me consuele, le replicaba la viuda hecha un mar de lágrimas, si ese pobrecito era el hombre mas completo que Dios ha echado á este mundo?» Y la viuda contaba las buenas cualidades del difunto, de lo que resultaba que el difunto era efectivamente lo que en el mundo no habia, porque no tenia pero.

—Quizás, dijo el amigo, encuentre V. otro tan bueno como él.

—¡Imposible! porque todos los hombres juntos no valian para descalzar á ese pobrecito.

—Gracias, señora, por la parte que me toca en ese elogio. Ya sabe V. que yo soy soltero, y si todas las mujeres me juzgan como V., ¡estoy fresco como hay Dios!

—No, no lo digo por V., que V. es el único...

—¿Que pudiera reemplazar al difunto por mis buenas cualidades?

—Sí, señor.

—Ni tanto ni tan poco, señora; porque, ¿no dice V. que su marido no tenía pero?

—Ninguno, ninguno.

—Pues yo tengo uno muy grande.

—¿Cuál?

—El de achisparme todos los domingos.

—Y eso ¿qué vale? replicó la viuda. Ese pobrecito que ve V. ahí estaba como una cuba todos los días de la semana.

Mari-Juana no pudo menos de sonreír al oír el inesperado desenlace del cuento de la Casamentera.

No tardó en volver á llorar; pero como las reflexiones de la Casamentera eran fundadas y prudentes, al fin comprendió que si un deber sagrado era para ella el llorar y rezar por su marido, deber mas sagrado aun era el de procurar vivir y recobrar ánimo y fuerzas para trabajar y criar á su hijo.

Desde aquel día Mari-Juana trabajó como una negra para hacer en su casa y heredades

ella sola lo que antes hacian ella y su marido; pero todo esto no bastaba, porque una mujer, por fuerte y trabajadora que sea, no basta para llenar las necesidades de una casa de labranza. Las tierrecillas de Mari-Juana no dieron el primer año que esta cuidó de ellas la mitad de lo que daban otros años, y la pobre viuda conocia que el año inmediato darian aun menos, y al fin se echarian completamente á perder, y ella y su pobre hijo se moririan de hambre.

Habia en el pueblo un mozo que no tenia mas bienes que sus manos, con las que ganaba un jornal cuando encontraba dónde ganarle, porque aunque era el único jornalero del pueblo, en el pueblo escaseaban los jornales, puesto que cada uno labraba por sí mismo sus tierras.

Homobono, que así se llamaba aquel mozo, era mas bueno que el pan, y cuando se iba á confesar, decia al señor cura:

—Acúsome, padre, de que á veces deseo morirme.

—Eso, hijo mio, le replicaba el señor cura, es muy mal hecho. Nadie debe desear la muerte, porque cuando Dios nos tiene en este mundo, ya sabrá por qué nos tiene. Tú fuiste soldado, ¿no es verdad?

—Sí, señor. En la guerra de Africa estuve de voluntario, y es lástima que los moros no

me embocaran un par de balas en el cuerpo.

—No digas disparates, hijo. Pero, vamos á ver: ¿estuviste alguna vez de centinela?

—¡Pues no habia de estar!

—Y pasarias malos ratos...

—¡Que si pasé! Los minutos se le hacian á uno años con aquellas ventiscas y granizadas...

—¿Y no te ocurrió nunca abandonar el puesto que te habian confiado?

—¡Ave-María, padre! ¡Habia de cometer tal infamia un hombre pundonoroso y honrado!

—Pues, hijo, el hombre es un soldado á quien Dios ha confiado un importante puesto en la guerra de la vida, que no es menos penosa que aquella en que tú tomaste parte al otro lado del Estrecho de Gibraltar, ni menos santa que aquella cuando se pelea con intencion honrada y cristiana, y el soldado de esta guerra de la vida que abandona el puesto que Dios le ha confiado en ella, es mas cobarde é infame que lo hubieras sido tú si hubieses abandonado el puesto que tus jefes te confiaron en la guerra de Africa.

—Tiene V. razon, padre.

—Pero veamos, hijo, por qué deseas morirte.

—En primer lugar, porque paso una vida muy aperreada; en segundo, porque no tengo esperanza de pasarla mejor, y en tercero, porque mi vida no sirve de nada á nadie.

—No estoy conforme, hijo, con que esas sean suficientes razones para que desees morirte.

—Pues me parece, padre, que no dejan de ser razones de peso.

—Lo son de tan poco, que el soplecillo de unas cuantas palabras mías se las va á llevar. ¡Que pasas vida aperreada! Tanto mas gozarás en el cielo, cuanto mas padezcas en la tierra. ¡Que no tienes esperanza de mejorar! La esperanza no tiene límite para el hombre, y mucho menos para el cristiano. ¡Que tu vida no sirve de nada á nadie! A ti te parecerá eso, pero á Dios le parecerá lo contrario cuando te deja vivir.

Con estas y otras razones del señor cura, que si no era un sabio tal como los hombres entienden la sabiduría, lo era tal como Dios la entiende, Homobono se resignaba con la vida tal cual Dios se la daba, y únicamente habia una cosa con que no se podia resignar por completo: esta cosa era el llegar á viejo sin casarse, y por consiguiente sin tener mujer é hijos á quienes querer y de quienes ser querido.

Solia ir á trabajar á jornal á las heredades de Mari-Juana, porque Mari-Juana, aunque no estaba la pobre para pagar jornales, ¿qué habia de hacer sino buscar alguien que la ayudase en la labranza?

Un dia estaban Homobono y Mari-Juana trabajando en una heredad junto al camino

de la fuente. El niño estaba colocadito sobre un manton de su madre, bajo un cerezo de la cabecera de la heredad, y Homobono, que se desvivía por los niños, y sobre todo por los niños revoltosos y diablejos como Periquillo, iba de cuando en cuando á alcanzar cerezas á Periquillo, que no paraba de gritarle:

—Homemono, quero cerezas.

Homobono aprovechaba siempre la ocasion para deshacerse en fiestas á Periquillo, que era monísimo.

Pasó por el camino la Casamentera, que iba á la fuente con su caldera colgada del brazo, y como era tan decidora y queria tanto á Mari-Juana, trabó conversacion con esta y Homobono.

—Mari-Juana, dijo, que os eche á ti y á Homobono la bendicion el señor cura, y tu marido habrá resucitado, y Homobono será tan dichoso contigo, como tu marido lo fue.

Mari-Juana y Homobono se pusieron más colorados que las cerezas del cerezo á cuya sombra estaba el chiquitin, y la Casamentera continuó su camino.

Mientras la Casamentera iba á la fuente, Mari-Juana y Homobono debieron, por lo visto, pensar que era muy buena idea la ocurrida á la Casamentera, pues esta, al volver, insistió en su idea, y los dejó poco menos que conformes en casarse.

Mari-Juana y Homobono, cada cual por su lado, consultaron el asunto con el señor cura, y como este conviniese en que la idea era buena, pocas semanas despues se casaron, y Homobono empezó á hacer prodigios de laboriosidad é ingenio para que las heredades y la casa volviesen á los buenos tiempos del primer marido de Mari-Juana.

II.

Madrastras y padrastros.—¡Arre, borriquito!—Los niños voluntariosos.—El niño volatinero.—Lo que Periquillo sabia á los seis años.—La saliva en la frente.—Los calomelanos.—Los higos del señor cura.—El responso.—Las quejas del vecindario.—Conferencian Mari-Juana y Homobono.—¡De una orejita á la escuela!

Periquillo era muy mono, eso no se puede negar; pero á los ojos de su madre y á los de su padrastro, era remonísimo. He escrito bastantes picardías de las madrastras en un libro que se titula *Cuentos de color de rosa*, y en otro que se titula *Cuentos de varios colores*, y si no las he escrito mayores aun de los padrastros, será porque no haya venido á cuento el escribirlas; que si las madrastras son malas, peores aun deben ser los padrastros, por la sencilla razon de que los hombres somos peores que las mujeres, aunque hay que convenir en que los hombres y las mujeres somos la gente peor del mundo; pero si madrastras y padrastros son mala gente, esta regla tiene, como todas, sus escepciones: yo conozco madrastras que son tan buenas como las mejores madres,

y padrastros que nada tienen que envidiar á los padres mas padrotes. Y no se me ponga hueca al leer esto cierta madrastra amiga mia creyendo que en esta escepcion la comprendo á ella; no, señor, que bien sé yo y bien sabe ella, y mejor aun sabe la inocente prole de su marido, que no debo profanar el santo nombre de madre, dándosele á la que solo tiene derecho á llevar el de madrastra.

Homobono era uno de los padrastros que parecen padrotes. Periquillo le volvía chocho con sus gracias, que para él era pura gracia todo lo que decia y hacia Periquillo. ¿Querrán Vds. creer que al Sr. Periquillo se le puso un dia en aquella cabecita de chorlito que habia de cabalgar en él, y lo consiguió? Pues sí, señor; antojósele que su papá (así le llamaba á Homobono, y á este se le caia la baba oyéndose llamar padre por el chico); antojósele, digo, que su papá se habia de poner á gatas para que le sirviera de borriquito, y el bragazas de Homobono, no solo se puso á gatas y anduvo por toda la huerta con el chiquitin encima, sino que lo hizo con circunstancias agravantes que no se deben callar: dejó que el chiquitin le enalbardara con un saco sujeto con una lia que servia de cincha, que le echara al cuello otra lia que servia de brida, y que, sacudiéndole con una verdasca donde es de suponer, le arrease exclamando:

—¡Arre, borriquito!

¡Vamos, si les digo á Vds. que el tal Homobono era digno de que se le retratase en esta postura, y se le sacase así á la vergüenza á la cabeza de este librito, como de seguro lo hará el señor editor apenas tenga conocimiento del hecho!

En cuanto á Mari-Juana, era otra que tal para mimar á su hijo y dejarle salir siempre con su santísimo gusto.

No se me enfaden Vds., caballeros lectores de este librejo, porque diga que es muy mal hecho eso de dejar á Vds., la gente menuda, hacer en todo y por todo su voluntad; no se me enfaden Vds., que yo les probaré que á Vds. mismos les interesa mas que á nadie el que no se les permita mas que lo justo. Es verdad que á Vds. les parecerá justo hasta lo que mas lejos esté de serlo; pero el parecer de Vds., por muy respetable que sea en otras cosas, en estas no vale un comino, y á Vds. no les toca mas que bajar la cabecita cuando los mayores dicen "esto, ó lo otro, ó lo de mas allá está mal hecho." Para probarles á Vds. lo que he dicho, es á saber, que á Vds. les interesa mas que á nadie el que no se les deje salir siempre con la suya, basta este librito; pero por si no bastase, se lo voy á probar á Vds. con un cuento, que lo que abunda no daña.

Este era un chico muy revoltoso, desobe-

diente é indómito, á quien su madre acababa de comprarle zapatos nuevos. El pícaro del chico, así que se puso los zapatos, se subió á una pared muy alta con objeto de saltar de allí abajo.

—¡Qué condenacion de chico! exclamó su madre al verle disponiéndose á saltar. ¡A ver si se baja V. de ahí por donde ha subido! ¡Pues no les querias dar mal estreno á los zapatos saltando desde la pared sobre las piedras de la calle, á pique de romperte una pierna y destrozar los zapatos nuevos!

El chico, en lugar de obedecer á su madre bajándose de la pared por donde habia subido, bajó saltando al empedrado de la calle, y se rompió una pierna.

Ya ven Vds., caballeros, cómo este chico, por ser desobediente y hacer su voluntad en vez de hacer la de su madre, se hizo á sí propio mas daño que á nadie, pues si bien á su madre no le hizo poco, él se quedó cojo y derrengado para toda la vida, despues de sufrir los dolores mas atroces durante no sé cuántos meses que duró la cura.

Periquito iba saliendo de la piel del diablo. Seis años tenia apenas, y sabia ya lo siguiente:

Empinar la botella cuando su madre le enviaba por vino á la taberna, y luego, al pasar por la fuente, suplir con agua el vino que habia bebido, para que su madre no lo conociese.

Atar á la cola del perro un manojo de paja, encender el manojo con un fósforo, y soltar al perro para que este fuese haciendo quemadas conforme corria por los matorrales y las heredades.

Quitar la nata á la leche, comérsela y untar el hocico al gato con un poco de ella para que pareciese que el gato se la habia comido.

Sisar un poquito de tabaco á su padre cuando este le mandaba á comprarlo, para ir luego á echar su cigarrito entre el maiz ó en el castañar.

Tocar la campana de la ermita, y aun las de la iglesia, por un sencillo método, que consistia en apedrearla desde abajo.

Asustar á las gentes tímidas que andaban de noche por la aldea, para lo cual vaciaba una calabaza, le hacia dos agujeros á modo de ojos, colocaba en cada uno de ellos un pimiento encarnado, ponía dentro un cabo de vela encendido, y colocaba la calabaza, así preparada, en alguna de las encrucijadas donde se solia detener á los muertos para cantarles el responso.

Y por último, sabia encojecer las gallinas y los pollos de una pedrada, romper los cristales de las casas por el mismo ingenioso método, comer las obleas cuando se descuidaba el secretario de ayuntamiento, y hacer la misma operacion con las hostias cuando se descuidaba el sacristan.

Casi siempre, al escupir al cielo, le caía la saliva en la frente; pero aun así, no escarmentaba el grandísimo pillito.

Un día se puso á apedrear un nogal de un vecino, y una de las piedras que tiró dió en una quima (1), y de rechazo dió en su cabeza, y le descalabró.

Otro día le mandó su madre á buscar medio cuartillo de aguardiente anisado; echó su traguete, y al pasar por la fuente sustituyó con agua lo bebido, y el aguardiente se le volvió de improviso de color de leche, lo cual le valió un pescozon de su madre, que conoció el bautizo, y no le dió el segundo gracias á la intervencion de Homobono.

Y otro día... lo que le sucedió otro día ya fue mas serio, y merece contarse con todos sus pelos y señales. Su madre fue á Bilbao á buscar bacalao y otras cosas que hacian falta en la casa, y le dió la gana de comprar en la droguería, por si alguna vez las necesitaba el chico, media docena de pastillas, que le dijeron eran gran remedio contra las lombrices. Suelen emplearse contra estas dos clases de pastillas: unas de santonina, que son pequeñas, y suelen venderse á medio real cada una, y otras de calomelanos, que son mayores, y suelen venderse

(1) *Quima* llamamos en las provincias cantábricas á la rama de los árboles.

á real y medio. La santonina es sustancia inofensiva en poca cantidad, pero no así los calomelanos, que se hacen con el protocloruro de mercurio. Si se combina esta sustancia con el cloro que contiene la sal comun, se forma de esta combinacion el bicloruro de mercurio, ó, lo que viene á ser lo mismo, el sublimado corrosivo ó soliman, que es veneno activísimo.

El Sr. Periquillo, como era tan goloso, así que volvió de Bilbao su madre y esta se descuidó un poco, metió mano á las pastillas de calomelanos y se comió un par de ellas, y en seguida, poniéndose á repelar el bacalao, se dió un buen atracon de él, aunque estaba como una salmuera.

Cuando Mari-Juana echó de ver la hazaña del Sr. Periquillo, se puso hecha un veneno; pero se contentó con exclamar:

—¡Jesus, qué enemigo de chico! ¡Permita Dios que se le vuelva soliman de lo fino!

En efecto: soliman de lo fino se le volvieron á Periquillo las pastillas y el bacalao, pues el cloro de la sal de este y el protocloruro de aquellas, no tardaron en combinarse y convertirse en sublimado corrosivo, y el Sr. Periquillo dió señales de haberse envenenado.

Llamaron inmediatamente al médico; esplicaron á este lo que el chico habia comido, y, gracias á que por casualidad el médico sabia la composicion de las pastillas, pudo salvar á Pe-

riquillo, aunque el goloson estuvo si se va ó no se va al otro mundo.

He dicho que el médico sabia por casualidad la composicion de las pastillas, y debo esplicar esto, porque el asunto es serio.

Los médicos no tienen obligacion de saber de qué se componen tantos y tantos medicamentos como se anuncian y venden como panacea que cura todos los males; y aunque quieran averiguarlo, ¿cómo lo han de averiguar si los que especulan con esos supuestos medicamentos tienen buen cuidado de ocultar las sustancias que entran en su composicion?

Un médico amigo mio me ha referido el caso siguiente, que tiene mucha analogía con el de Periquillo. Un escelente cirujano que asistia á un niño de pecho, pidió á los padres del niño que llamasen al médico para tener una consulta con él. El médico encontró al niño muy mal, y pidiendo esplicaciones al cirujano, le dijo este:

—Encontré al niño con un gran estreñimiento de vientre; y como me dijese que, creyendo que tenia lombrices, le habian dado una pastilla de las que venden á real y medio en las droguerías, le receté una lavativa de agua de malvas y sal, y el niño, lejos de aliviarse, se agravó inmediatamente hasta el punto que V. ve.

—Pues, amigo, ha envenenado V. al niño, le contestó el médico.

—¿Cómo? exclamó sorprendido el cirujano.

—Porque las pastillas grandes que se emplean para combatir las lombrices, son de calomelanos.

El cirujano, que ignoraba lo que por casualidad sabia el médico acerca de la composición de la pastilla que se habia dado al niño, pero que no ignoraba lo que resulta de la combinación del protocloruro y el cloro, no necesitó mas esplicacion para convenir en que el niño estaba envenenado, y el niño murió pocas horas despues, á pesar de todos los esfuerzos que el cirujano y el médico hicieron para salvarle.

Quizás sirva de algo mas que de inocente entretenimiento este episodio que intercalo en este librito, destinado á leerse en el seno de las familias: quizás con contar esto, yo que soy el mas ignorante de los escritores, consiga lo que no consiguen escritores llenos de ciencia y experiencia: salvar de una horrible y misteriosa muerte á muchas inocentes criaturas.

Y véase cómo Dios al mas humilde y al parecer inútil gusano de la tierra le confia una mision verdaderamente providencial y salvadora, aunque nosotros los hombres, verdaderos gusanos, y no de luz, creamos todo lo contrario.

Pero volvamos al Sr. Periquillo: el Sr. Periquillo, á pesar de todos estos percances, no escarmentaba.

Los vecinos decían á Homobono:

—Pero, hombre, ese chico estudia con Sata-nás para hacer las diabluras que hace, á pesar de ser todavía como un comino.

Homobono les contestaba:

—Si yo fuera su padre verdadero, buenos tantarantanes había de llevar; pero ¿cómo quieren Vds. que yo le castigue para que la gente diga: "¡Mira el padrastro ese cómo se ceba en la pobre criatura! ¡Bien se conoce que el chico no es hijo suyo!"

Con esto se disculpaba Homobono; pero lo cierto es que esto no pasaba de vana disculpa. Si el chico hubiera sido hijo suyo, se hubiera mostrado igualmente blando con él; y la prueba de ello es que cuando Mari-Juana quería pegar al chico, el primero que por el chico sacaba la cara era Homobono.

Por otra parte, á Homobono le hacían mucha gracia las pillerías del chico. Hay que confesar que no dejaban de tenerla muchas de las travесuras de aquel pillete. Vaya de muestra una de ellas.

El señor cura era aficionadísimo á la fruta, y sobre todo á los higos. En la quima mas alta de una higuera de su huerta quedaban unas cuantas docenas de higos, que no sabía cómo coger, y que eran riquísimos, pues reunían las tres condiciones que han de tener los higos buenos; es decir, cuello de ahorcado, ropa de po-

bre, y ojo de viuda; ó, lo que es lo mismo, el cuello ya paso, pelleja resquebrajada, y ojo llorando almíbar.

—Cosa muy fácil, le dijo el ama; llame V. al chico de Mari-Juana, y verá V. qué pronto se planta aquel en la quima y los coge todos; que donde aquel no suba, no sube la ardilla mas lista del mundo.

—Verdad es, contestó el señor cura; pero el tal Periquillo tiene para eso un inconveniente, y es que como es tan pillo y tan traga-fruta, me va á comer la mitad de los higos mientras coge la otra mitad.

El ama del señor cura, que era lista como un demonche, encontró al instante modo de remediar el inconveniente que hallaba el señor cura en valerse de Periquillo para coger los higos destinados á los pájaros del cielo, como les llama Mistral, el poeta de Provenza, á los higos que quedan en la rama mas alta.

—¡Jesus, dijo, en qué poca agua se ahoga V., señor! ¿Tiene V. mas que imponer al chico la obligacion de no dejar de cantar mientras coge los higos, y así no tendrá tiempo de comer uno siquiera?

—¡Pues es verdad! exclamó el señor cura. ¡Qué cosas les ocurren á estas pícaras mujeres!

El ama del señor cura llamó á Periquillo, y Periquillo, tan despabilado y tan listo como

siempre, corrió á ponerse á las órdenes del señor cura.

—Vamos á ver, chiquito, le dijo este: ¿te atreverás á subir á aquella quima y coger todos los higos que tiene?

—¡Pues no me he de atrever! Sí, señor. ¡Concho y qué ricos son! añadió Periquillo relamiéndose al ver los higos.

—Pero, oye, le dijo el señor cura alarmado con la codicia que los higos despertaban en Periquillo: es indispensable que mientras coges los higos cantes sin cesar un momento.

—¿Y qué quiere V. que cante?

—Lo que á ti te parezca, con tal que sea cosa buena. Canta la Letanía, la Salve, el Credo; en fin, lo que te dé la gana, con tal que cantes.

—Está muy bien, señor.

Periquillo se colgó del brazo una cestilla de asa, y en menos que uno lo cuenta se plantó en lo mas alto de la higuera y empezó á coger higos, canta que canta.

Quería embaularse los mejores higos; pero para comer tenia que dejar de cantar, y así que interrumpia el canto ya estaba el señor cura gritándole y amenazándole con un terron que tenia en la mano.

Cavilaba Periquillo á ver si encontraba medio de jugársela de puño al señor cura, y al fin creyó haberle encontrado. Púsose á cantar un

responso, y naturalmente, al llegar al *Pater-noster*, guardó silencio.

—¿Qué es eso? le gritó el señor cura alar-mado.

—Que estoy rezando el Padrenuestro, con-testó Periquillo con la boca llena de higos.

—Rézale cantando, condenado á muerte.

—¡Cá, no señor! el Padrenuestro le reza V. siempre en voz baja.

El señor cura arrojó al suelo el terron que tenia en la mano, y dijo soltando una car-cajada:

—¡Hombre, por lo pillo se te puede perdo-nar el que te comas la mitad de los higos!

La mitad de los higos no se comió Periqui-llo, pero vamos, que no se dió mala tripada de ellos mientras suponía rezar el Padrenuestro.

Mari-Juana y Homobono tuvieron una con-ferencia para tratar de atar corto á Periquillo, que, con sus diabluras, les daba cada dia un so-focon.

Un dia venia una vecina con que el Sr. Pe-riquillo le habia roto la cabeza á su hijo de una pedrada.

Otro venia la sacristana con que el mismo Periquillo habia roto yo no sé cuántos cristales de la iglesia tirando piedras á las golondrinas que anidaban en los aleros.

Otro se alborotaba el vecindario porque re-sultaba que el saber á demonios el agua era

porque el susodicho Periquillo habia echado un gato muerto en el arca de la fuente.

Otro venian hechas furias las madres de una porcion de chicos porque Periquillo insultaba á sus hijos poniéndose á rebuznar como un burro delante de la escuela cuando salian de ella los chicos, porque es de saber que Periquillo era habilísimo para remedar á los burros.

Y otro, en fin, se quejaba amargamente el vecindario de que no se podia traer una cabra al jaro (1) porque Periquillo las mamaba todas con una habilidad superior á la de los mismos cabritos.

Como Mari-Juana y Homobono eran gentes pundonorosas, pacíficas y enemigas de disputas con la vecindad, se les achicharraba la sangre con estas quejas, y de vergüenza hubieran querido confundirse siete estados bajo tierra.

—¿Y qué es lo que vamos á hacer con ese enemigo de chico? preguntaba Mari-Juana á su marido en la susodicha conferencia. Lo que habia que hacer es cascarle una azotaina buena cada vez que hace una de las suyas.

—Sí, contestaba Homobono; pero pensar en eso es pensar en la mar, porque ni tú ni yo tenemos genio para hacer daño á una mosca, y

(1) Así se dice de las cabras que en lugar de ir al monte se las deja para que pasten atadas en los matorrales próximos á las casas.

mucho menos á un chico tan gitano y listo como ese tunante.

Y al decir esto, Homobono reia como un bobo, recordando las gracias del chico, que para él todo lo que el chico hacia era gracioso.

—Pues nada, dijo Mari-Juana; lo que hay que hacer es que desde el lunes vaya á la escuela, y encargarle al maestro que le ajuste las cuentas...

—Por supuesto, sin pegarle al pobre chico.

—Pues es claro, aunque bien merecia...

—No hay merecimiento que valga.

—Pase que peguen á los chicos sus padres; pero ¡que venga un extraño á golpear y herir las carnes que tanto cuidado y tantas ansias le han costado á una criar! No estoy por eso.

—Ni yo tampoco.

Aquel mismo dia se puso Mari-Juana á arreglar la ropa á Periquillo, que era, por supuesto, un destrozon, para que el lunes fuera un poco decente á la escuela.

Llegó por fin el lunes, y el Sr. Periquillo, que habia averiguado el domingo que el señor maestro tenia una varita de avellano al lado de su silla, se empeñó en que no habia de ir á la escuela.

—¡Cógele, cógele de una oreja y llévale á la escuela! dijo Mari-Juana á Homobono, ¡que esto ya pasa de castaño oscuro!

Homobono se negó á ello, escusándose con

que se diría que bien se conocía que era padrastro del chico.

Y entonces Mari-Juana, disgustada de lo bragazas que era su marido, cogió al chico de una orejita, y quieras que no quieras, me le llevó á la escuela.

III.

Los maestros pegones.—Recuerdos del mio.—La costumbre de pegar.—El maestro de Periquillo.—Consuélase Periquillo al saber que las leyes no tienen fuerza retroactiva.—Periquillo se enmienda.—Alegria de la casa paterna.—¡Pataplum! —El maestro infringe la ley fundamental del Estado.—Congreso doméstico.—Periquillo muda de maestro.

Todavía no han perdido los maestros de escuela la maldita maña de pegar á los chicos, aunque está terminantemente prohibido semejante castigo. Y llamo maldita maña al castigo material, porque me parece bárbaro y detestable tal castigo. Tengo formada una larga lista de maestros que pegan á los niños; y en el segundo de los libritos que me propongo escribir para la seccion infantil de LA FAMILIA CRISTIANA, he de sacar á la vergüenza, con su nombre y apellido y el delito que han cometido, siquiera una docena de estos verdugüelos de los pobres chicos, á ver si con esta ignominia escarmientan los demas.

Para que se vea lo que puede en algunos señores maestros la costumbre de sacudir el polvo á los chicos, voy á citar un ejemplo auténtico.

Mi maestro, que todavía vive, y á pesar de

sus ochenta años tiene las piernas tan ligeras como yo, que, á Dios gracias, no las tengo pesadas, tenia la mañita de darnos alguno que otro latigazo, y sabia manejar muy bien la palmeta; pero era justo y compasivo con nosotros, como lo prueba el caso siguiente. Un dia cada semana formaba en círculo á una docena ó dos de chicos, y les hacia preguntas sobre doctrina cristiana, etc. Si el chico á quien preguntaba no sabia contestar, repetia la pregunta al inmediato; y si este contestaba bien, el maestro le entregaba la palmeta para que diera un palmatazo al que habia contestado mal. Preguntó un dia no me acuerdo qué á un barbarote llamado Andrés que estaba á mi lado, y como Andrés no contestase y yo sí, me mandó dar una palmada á Andrés. Yo sabia muy bien que si uno daba la palmada poco fuerte, el maestro hacia que el que la habia recibido se la devolviese, y, á pesar de esto, díselo tan misericordiosa á Andrés, que el maestro mandó á este que me la devolviera. El pedazo de animal, que tenia las fuerzas de un toro, descargó la palmeta sobre mi mano con todas sus fuerzas, de modo que me hizo saltar la sangre por todas partes. Indignado el maestro con aquella barbarie, tanto mas vituperable cuanto que yo recibia el castigo por haber sido compasivo con el que me castigaba, despues de romper la palmeta en las manos de Andrés, que las tenia

enormes, rompió dos varas en sus costillas.

Cuando volví á mi pais despues de haber estado ausente de él cerca de veinticinco años, y supe que mi maestro vivia aun en un pueblo que no era el mio, me apresuré á ir á verle.

Precisamente al llegar yo salian los niños de la escuela. Reparé que mi maestro tenia sobre la mesa una varita, y dije sonriendo al buen anciano:

—Señor D. José, ¡milagro que los chicos de Vizcaya no dicen, como los de Castilla, que la Constitucion prohíbe pegar á los chicos! Aunque no sea ley fundamental la que contiene esa prohibicion, creo ha obtenido el pase foral en Vizcaya.

—Y yo la obedezco como si fuese ley hecha so el árbol de Guernica, me contestó el maestro.

—Pero ¿y esta varita?

—Esa es puramente atributo del oficio. ¿Crees tú que yo soy como el maestro de G...?

—Y ¿qué es lo que pasa con ese maestro?

—Es amigo, compañero y viejo como yo, y por consiguiente no está bien que yo te lo diga. Pregúntale al señor inspector qué es lo que le pasó con él, y ese satisfará tu curiosidad, libre de los escrúpulos que á mí me lo impiden.

El inspector de instruccion primaria era amigo mio. Así que le vi, me apresuré á pre-

guntarle qué era lo que le habia pasado con el maestro de G..., y hé aquí lo que me contó:

Quejáronse al inspector algunos vecinos del pueblo de que el maestro castigaba á los chicos á varazo seco, y el inspector, cuando fue á visitar la escuela, vió que el maestro tenia sobre la mesa una vara de fresno como las que hasta hace pocos años gastaban los cabos de escuadra sin que se nos cayera la cara de vergüenza á los españoles que lo consentíamos.

—Señor maestro, dijo el inspector, ya sabe V. que está prohibido el imponer castigos materiales á los niños.

—Sí, señor inspector; ya lo sé. Las Cortes generales del reino prohibieron los azotes en 1813, las de 1837 restablecieron aquel decreto, y posteriormente, varias órdenes y reglamentos, han prohibido todo otro castigo material.

—Y entonces, ¿para qué tiene V. ahí esa vara?

—Es nada mas que para meter un poco de miedo á los chicos.

—¿Pero no acostumbra V. á hacer uso de ella?

—Nunca, señor inspector.

Sabido es que los chicos, cuando están en la escuela, aprovechan cualquier visita que viene á distraer al maestro para dar de mano al estudio y entregarse al dulce placer de la conversacion.

Mientras el inspector y el maestro hablaban, dos chicos que estaban cerca de ellos empezaron á codearse y disputar por lo bajo. Notarlo el maestro, coger la vara que tenia sobre la mesa y arrearles un par de lapos, todo fue uno.

Sorprendido é indignado el inspector, increpó duramente al maestro, y este le contestó procurando disculparse:

— ¡Perdone V., señor inspector, es la costumbre que uno tiene!

El inspector tuvo lástima de aquel pobre anciano, y en lugar de quitarle el pan, le quitó la vara.

El maestro de la aldea de nuestro Periquillo es uno de los que yo tengo en lista para sacarlos á la vergüenza por pegones, aunque reconozco que no sabré qué contestarle si me presenta el siguiente argumento:

— ¿Y qué quiere V. que uno haga sino cascar de firme las liendres cuando se tienen discípulos como Periquillo?

Cuéntase que el difunto O-Donnell dijo, no sé cuándo ni dónde, que él no entendia de leyes. Aquel ilustre general y político era, no obstante, un Licurgo comparado con una porcion de enanillos que le han sobrevivido en esta honrada España, que dicen calificó de *presidio suelto*, imaginándose, sin duda, lo seria algunos años despues de su muerte. El maestro de Periquillo tampoco entendia de leyes, pero se

diferenciaba de O-Donnell en que realmente no entendía de ellas. En prueba de que no entendía de leyes, léase el siguiente soliloquio en que prorumpió cuando vió á Mari-Juana entrar en la escuela llevando de la oreja á Periquillo:

—¡Adios, con la colorada! ¿Ya me traen á la escuela ese pillete? Lo siento, porque resuelto como estoy á no morir de *empacho de legalidad*, me va á hacer infringir escandalosamente la ley fundamental del Estado, que prohíbe romper el bautismo á los chicos de la escuela.

El mismo día que Periquillo asistió por primera vez á la escuela, ya hubo un acuson, el hijo de la Casamentera, que se presentó al maestro, y le dijo:

—Señor maestro, á ver si le da V. lo que no se le caiga á Periquillo por haberse burlado de nosotros, rebuznando cuando salíamos de la escuela.

—No sea V. burro, le contestó gravemente el señor maestro. Las leyes no tienen efecto retroactivo.

A Periquillo le volvió el alma al cuerpo cuando oyó esto, porque se temía que el maestro le pidiese cuentas de su mala vida pasada, como pretendía el hijo de la Casamentera, que por cierto era chico pundonoroso y aplicado.

Periquillo se propuso firmemente no probar la varita que el maestro tenía tras de su silla

aunque tuviese que renunciar al mas vehemente de sus deseos, que era el de romperle los morros al que tanta prisa se habia dado á acusarle.

Mañana y tarde estuvo en la escuela como un viejo, estudia que estudia su cartilla, es decir, su abecedario, que Homobono habia pegado con engrudo en una tablita muy curiosa, con su agarradero y todo, y una cuerda pasada por un agujero del agarradero, para colgarla del cuello.

Cuando Homobono habia tomado tantas precauciones para la conservacion de la cartilla, dicho se está que creia habia de tardar Periquillo mucho tiempo en aprenderla; pero ¡cuál no seria la sorpresa y el gozo de Homobono y Mari-Juana cuando Periquillo fue por la tarde á casa con que ya se sabia el *a e i o u*, y Homobono vió que, en efecto, se le sabia ¡hasta salteado!

Homobono y Mari-Juana lloraban de gozo y se querian comer á besos al chico.

Si Periquillo habia sido hombre de bien el lunes, lo fue mas aun el martes, en que continuó estudia que estudia su cartilla, y rechazando con indignacion las sugerencias de sus condiscípulos colaterales para hablar de nidos, de aleluyas, de pelotas y de otras zaran-dajas.

El mismo maestro llegó á creer que Periqui-

llo habia emprendido con paso decidido y firme el buen camino, pues es fama que llegó á decir á la maestra:

—Voy concibiendo esperanzas de que ese chico no me obligue á infringir la ley fundamental del Estado.

Por la tarde, poco antes de salir los chicos de la escuela, pasó la maestra á la fuente por delante de casa de Mari-Juana; y como esta y Homobono le preguntasen si sabia cómo se portaba Periquillo, contestó:

—Dice el maestro que si sigue así va á ser la honra de la escuela, pues ayer y hoy ha dado ejemplo á todos de juicio y aplicacion, y antes que concluya la semana va á haber que mudarle al silabario.

Mari-Juana y Homobono estuvieron á punto de reventar de alegría y orgullo al oír esto.

Cuando Periquillo llegó á casa recitando en voz alta como un papagayo, no ya el *a e i o u*, sino otras cinco letras mas, aquello no fue ya alegría, fue una verdadera locura de ternura y entusiasmo.

El miércoles continuaba Periquillo en la escuela muy estudioso y formal.

En un cuarto contiguo á la escuela estaba el botijo del agua, que tenia, como casi todos los botijos, un piton ó tubo ancho y otro estrecho. El maestro no queria que los chicos bebiesen *mamando*, ó lo que es lo mismo, metiendo el

piton en la boca, y sí solo *á lo alto*, es decir, á la catalana.

Periquillo tuvo sed, y se dirigió al cuarto del agua. El acuson dijo para sí: "Ese, que es tan aficionado á mamar de las cabras, va á mamar del botijo. Voy á ver si le cojo en el garlito; si le cojo, le acuso, y esta vez no se escapa de llevar una zurribanda."

Y se fue detras de Periquillo con mucho disimulo. Periquillo le sintió, ó, mejor dicho, le vió venir, y bebió como Dios manda, aunque el agua se le volvia veneno con la ira que le causaba la presencia del acuson, cuyas intenciones habia conocido.

El acuson, para disimular, tomó el botijo de manos de Periquillo, y se puso á beber, por supuesto, á lo alto.

—¡En mi vida, dijo para sí Periquillo, pesco ocasion como esta para romperle los morros á este!

Y pensando solo en vengarse, se empinó un poco, pues el acuson era mas alto que él, y le pegó un fuerte empujon al botijo, cuyo piton se le metió al acuson por la boca, partiéndole un labio y rompiéndole un diente.

El acuson lanzó un grito, y dejó caer el botijo, que se hizo pedazos, en tanto que Periquillo escapaba saltando á la huerta por una higuera que daba contra la ventana.

Mientras el maestro atendia al acuson, que

ponia el grito en el cielo, dos chicos de los mas ligeros corrian en persecucion de Periquillo , y pocos instantes despues volvian trayéndole casi á rastras, y el señor maestro se veia en la triste necesidad de infringir la ley fundamental del Estado rompiendo la vara en las costillas del Sr. Periquillo.

Cuando Periquillo fue á casa cariacontecido y lloroso, y contó que el maestro le habia vapuleado solo porque sin querer habia tropezado con el hijo de la Casamentera , que estaba bebiendo, la indignacion y el desconsuelo de Mari-Juana y Homobono no tuvieron límites.

Por primera vez de su vida sintieron, Mari-Juana no ser una desvergonzada, y Homobono no ser un hombre de pelo en pecho, la primera para poner de vuelta y media al maestro, y el segundo para imponerle la pena del Talion; pero cuando se serenaron un poco sospecharon que el Sr. Periquillo habia hecho algo mas que tropezar sin querer con el hijo de la Casamentera, que era buen chico, aunque un poco vanidoso, y no tardaron en saber la verdad de lo ocurrido.

Mari-Juana tuvo tentaciones de dar una buena felpa al pillete de su hijo ; pero Homobono salió á la defensa de este, alegando, entre otras razones, la de que el maestro no tenia facultades para pegarle, hiciera lo que hiciera, y que ya que no tenían remedio los lapos que le ha-

bia dado el maestro, fueran á cuenta de los que en casa habia de llevar.

A Mari-Juana pareció que estas razones no tenían vuelta de hoja, y luego ella y su marido pasaron á otro capítulo, que era el de lo que habian de hacer con el chico. La discusion giró ante todo sobre si el chico habia de volver ó no á la escuela, ó, mejor dicho, en este punto no hubo discusion, porque ambos preopinantes convinieron inmediatamente en que no debia volver á la escuela el chico mientras la escuela estuviese regentada por un maestro que tan sin escrúpulo infringia la ley fundamental del Estado.

Homobono leia un poquillo en letra de molde, y él y su mujer convinieron en que serviria de maestro al chico, para que este, lejos de olvidar lo que habia aprendido, se enriqueciese con nuevos conocimientos.

IV.

Conocimientos con que se habia enriquecido Periquillo á los once años.—El cólera artificial.—Delibera el congreso de familia sobre la suerte futura de Periquillo.—La eleccion de oficio.—Propone el señor cura un oficio, y Periquillo alega y prueba que ya le sabe.—Periquillo emprende la honrosa carrera de la obra prima.—Una copla, una descalabradora y un ensayo de tirapié.—Fuga y tachuelas en salva la parte.—Recepcion en la casa paterna.—Nuevas diabluras.—Periquillo se prepara para ir á Madrid.—¡Adios, Madrid, que te quedas sin gente!

Es muy posible, caballeros lectores de este librito, que entre Vds. haya alguno que envidie la suerte del Sr. Periquillo, en el hecho de que sus padres le relevaron de la pejuguera de ir á la escuela, y hasta es posible que haya alguno que no tendria escrúpulo en hacer una pillada como la que hizo el Sr. Periquillo con el hijo de la Casamentera, con tal de que así lograrse no ir á la escuela como el Sr. Periquillo. Sigán, sigán Vds. leyendo, y verán lo que se saca con hacer tales pilladas y con no ir á la escuela.

Periquillo tenia once años, y todos los conocimientos con que se habia enriquecido con su nuevo maestro Homobono, á pesar de los desvelos de este por enseñarle, se reducian á haber aprendido el resto del abecedario.

Pero si habia progresado poco en la carrera literaria, era un prodigio de sabiduría en la de la truhanería, la holganza y los vicios de toda especie.

Con decirles á Vds. que hasta fumaba en pipa, está dicho todo en punto á vicios, y en punto á pillerías de mal género, está todo contado con añadirles á Vds. lo siguiente. Como el cólera andaba cerca del pueblo, no habia en este quien, al menor retortijoncillo de tripas, no se creyese con el viajero del Ganges encima de su alma. Una mañana, antes de medio dia, cuando todo el mundo estaba en las heredades, y por consecuencia las casas solas, al Sr. Periquillo le dió la humorada de coger en la huerta un buen puñado de granos de tártago, que son purgantes como un rejalgar, y andando de cocina en cocina, pues en Vizcaya se dejan abiertas las casas, fue echando unos cuantos granos en cada una de las ollas que estaban á la lumbré para desocuparlas así que diesen las doce. ¡Figúrense Vds. la que se armaria en el pueblo pocas horas despues!

Cada dia tenia el Sr. Periquillo una camorra con los chicos del pueblo, y singularmente con el Mellado, como llamaban al acuson, por la mella que le habia quedado de resultas de lo del botijo. Estas camorras eran porque Periquillo seguia insultándolos remedando el rebuzno del burro cada vez que los veia.

Mari-Juana y Homobono convinieron en que era necesario poner al chico á aprender un oficio: en primer lugar, porque no mostraba afición ninguna al de labrador, y en segundo, porque estaban ya convencidos de que mientras permaneciese á su lado, no haria cosa buena. Ya solo faltaba elegir el oficio que habia de aprender el chico, y esta eleccion no dejaba de ofrecer sus inconvenientes, por cuanto era necesario elegir uno para cuyo desempeño no fuera óbice el no saber leer y escribir. Al chico le habian preguntado qué oficio le gustaba más, y habia contestado que el de general; pero como para este oficio se necesitaba saber escuela, aunque no sea mucha, y Periquillo no sabia nada, hubo que renunciar á él.

—Se me antoja, dijo Homobono, que ese chico, como es tan listo, seria bueno para cómico ó cosa así..

Para que se comprenda lo que Homobono queria decir, citaré un hecho histórico.

En Madrid, donde es de suponer que la gente del pueblo tenga alguna nocion literaria, aunque solo sea de oidas, y, sin embargo, encierra en su seno el populacho mas ignorante y vulgarote de España; en Madrid, oyeron estos oidos mios el siguiente diálogo entre dos mujeres del pueblo que hablaban de un huésped que tenia una de ellas:

—Tendrá empleo, porque está bien portado?

—No, hija, dicen que es poeta.

—Y eso, ¿qué es?

—Yo no sé; pero ello cómico ó cosa así debe ser.

La idea de Homobono tambien se desechó en el supuesto de que para cómico ó cosa así tambien se necesitaba algo de escuela.

Sucesivamente fueron Homobono y Mari-Juana fijándose en todas las profesiones que, hablando mas castiza y llanamente que nosotros, llamaban ellos *oficios*, y todas las fueron desechando, porque todas tenian el mismo pícaro inconveniente de exigir los conocimientos literarios de que el chico carecia.

Por último, descendieron á los oficios de sastre y zapatero (y uso con pena la palabra *descendieron*, porque tengo por muy honrosos estos oficios cuando los desempeñan hombres tan honrados como vosotros, sastre y zapatero míos); pero tambien se encontraron con el maldito inconveniente de que el sastre y el zapatero necesitan saber leer y escribir, aunque no sea mas que para apuntar las medidas, pedir materiales á las fábricas y almacenes, y llevar y poner la cuenta á los parroquianos.

Quando estaban Mari-Juana y Homobono en esta fastidiosa eleccion, y ya desesperaban de dar con un oficio que no exigiese saber escuela, pasó por allí (Mari-Juana y Homobono tenian esta discusion en la huerta que daba so-

bre el camino) pasó por allí el señor cura, que iba á dar el paseito acostumbrado hácia la arboleda de la fuente, y se detuvo á saludarlos.

—Señor cura, le dijo Homobono; viene V. como llovido del cielo, porque V., que sabe tanto, quizás nos ayude á encontrar una cosa conque no damos por mas que nos rompemos la cabeza.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un oficio para este chico. (Periquillo andaba por allí tirando pedradas á los vencejos, é insultando de cuando en cuando con un rebuzno al Mellado, que estaba apacentando una vaca en la hondera de una heredad del otro lado del camino.)

—Pues hombre, no me parece que eso necesita tantas cavilaciones, porque en gracia de Dios no faltan oficios en qué escoger.

—Sí, señor; pero es el caso que para todos se necesita saber escuela; y como este pícaro chico apenas sabe mas que el *a e i o u...*

—¡Buen borrico serás tú! gritó el Mellado, dirigiéndose á Periquillo.

Periquillo le contestó lanzándole un rebuzno y una pedrada, de lo que el Mellado se vengó canturreando:

Periquillo, pericañas,
en los ojos *tis* legañas,
y en la nariz cascabeles
para espantar las mujeres.

—Pues no os calenteis los cascos para buscar oficio á ese chico, dijo el señor cura, por-

que hay uno para él que no se necesita saber siquiera la jota.

—¿Cuál, señor cura? preguntaron Mari-Juana y Homobono con alegría y curiosidad.

—El de burro.

—¡Toma, replicó Periquillo, ese ya le sé!

Con tan ingenuo orgullo dijo Periquillo esto, que sus padres y el señor cura no pudieron menos de soltar la carcajada.

No cabia duda que Periquillo imitaba admirablemente el rebuzno del burro, del que por fuerza habia hecho un estudio profundísimo. El molinero del pueblo tenia dos borriquillos para traer y llevar los zorriones de las casas, y cuando no tenían qué hacer, les abria la puerta de la cuadra para que fueran á pacer por aquellos campos y arboledas hasta el anochecer, que iba un chico á recogerlos. Ocasión hubo en que el chico del molinero, oyendo rebuznar á los burros en los bortales (madroñales) del monte de la derecha del pueblo, subió á aquellas alturas á recogerlos, y se encontró con que el que rebuznaba, para chasquearle, era el Sr. Periquillo, pues los burros estaban en los montes de la parte opuesta. La gente se desternillaba de risa con estas *gracias* de Periquillo; y este, con tales triunfos y tales risas, habia llegado á persuadirse de que poseia una verdadera gracia y una verdadera habilidad, que le llenaban de orgullo.

Al fin hubo que decidirse á elegir oficio para Periquillo, y se eligió el de zapatero, que Periquillo aceptó con entusiasmo porque debía aprenderle en Portugalete, villa muy linda y puerto de mar muy animado con la continua entrada y salida de buques en la ria de Bilbao, lo que tenia gran novedad para Periquillo, que no habia salido nunca de su aldea.

Previo gran besuqueo y lloriqueo de MariJuana, Homobono fue á Portugalete con el chico, y dejó á este allí despues de entregar al maestro media onza de oro, pues habian convenido en que el maestro mantendria y enseñaria el oficio al chico, y los padres de este le vestirian y por el primer año de aprendizaje darian media onza.

El primer dia y aun el segundo, Periquillo parecia enamorado de la villa, del puerto y del oficio; pero el tercero ya no le entusiasma-ban tanto, ni el oficio, ni el puerto, ni la villa. Al sexto dia el maestro se vió en la necesidad de ensayar en sus orejas un tirapie nuevo, porque ya le tenia muy quemado con su flojedad, y sobre todo porque habia descalabrado con una horma á un chico que pasaba cantando:

Se parecen el vino
y los zapateros,
en lo aficionadillos
á andar en cueros,
y estas son dotes
que los mueven á hacerse
muy amigotes.

Y al octavo dia, mientras el maestro subió á comer, el Sr. Periquillo se escapó á su aldea, despues de colocar punta arriba en la silla del maestro media docena de tachuelas de tornillo, que hicieron ver las estrellas al maestro cuando este se fue á sentar y se le clavaron todas en salva la parte.

El sofocon que á Mari-Juana y Homobono valió esta nueva fechoría del chico, fue terrible. Faltó muy poco para que Mari-Juana pusiera al Sr. Periquillo el tafanario como un tomate; pero, segun costumbre, intervino Homobono diciendo que qué habia de hacer el pobre chico si se burlaban de él y le pegaban, y todo concluyó con la siguiente reprimenda de Mari-Juana:

—¡Anda, enemigo malo, que tú me has de quitar la vida! Y, por supuesto, ¿vendrás muerto de hambre? Anda, pícaro, anda á la cocina, que te voy á hacer aunque sea un par de huevos para que comas.

Homobono reclamó la media onza al zapatero; pero este se negó á devolverla, y Homobono desistió por buena compostura de su peticion, porque el zapatero queria acudir á la autoridad en demanda de daños y perjuicios, pues habia estado ocho dias sin poderse sentar á trabajar, á causa de la clavadura de las tachuelas de tornillo.

Durante algunas semanas Periquillo no vol-

vió á hacer de las suyas, y hasta sufrió con paciencia que el Mellado y otros chicos se burlasen de él remedando, siempre que le veían, el braceo de los zapateros al coser.

Un dia hasta fingió divertirse y reirse con estas bromas, y dijo al Mellado y otro chico que se las daban:

—Vosotros no sabeis imitar á los zapateros cuando cosen. Para saberlo, es menester saber algo del oficio como yo. ¿Quereis que os enseñe?

—Sí, sí, contestaron los chicos, creyendo que la pregunta de Periquillo era sincera.

Periquillo se colocó en medio de los dos chicos, que esperaban con gran curiosidad su leccion, cerró los puños, los juntó, formando un ángulo con cada brazo, y separando los puños con violencia, como el zapatero que tira á un tiempo de los dos cabos, plantó un tremendo codazo en las narices á cada chico, y echó á correr, mientras los dos chicos quedaban llorando y chorreando sangre por las narices.

Junto á la iglesia tenia una tiendecilla de telas y otros géneros un pasiego de genio sumamente irascible, como que por esto le llamaban Cascarrabias. Este apodo estaba perfectamente justificado, sobre todo desde que al pasiego, de resultas de un accidente, le quedó la boca torcida, y se duplicó su irascibilidad.

Eran frecuentes en el pueblo las camorras

con Cascarrabias, porque la suspicacia de este era tal, que las armaba con todo el que se descuidaba en torcer un poco la boca en su presencia, creyendo que la torcia intencionadamente para burlarse de él.

En su corta estancia en Portugalete habia oido Periquillo que habia una tela de lino engomada, que se llamaba *bocací* ó *bocasí*, y creyó haber hecho un gran descubrimiento para mortificar á Cascarrabias.

Una tarde estaba este detras del mostrador despachando, y en la tienda habia una porcion de personas. Periquillo entró muy formal en la tienda, y dijo al pasiego, torciendo horribilmente la boca al terminar la frase:

—Dice mi madre que si tiene V. *boca-así*.

El pasiego, al oir esto, rugió de rabia, con tanto mas motivo, cuanto que todos los que estaban en la tienda no pudieron contener una carcajada, y quiso saltar el mostrador; pero, sí, échale un galgo al Sr. Periquillo, que corria ya por la plaza, volviendo á cada instante la cara, torciendo la boca, y repitiendo:

—¡*Boca-así, boca-así, boca-así!*

Algunas tardes despues, Periquillo quiso repetir la burla, pero entonces le salió la perra capada: el pasiego, que aunque hombre de edad algo avanzada, era diestro en saltar, como casi todos los pasiegos, y mas los que, como él, han sido contrabandistas, estaba ya preparado para

recibirle, y saltando el mostrador con asombrosa agilidad y rapidez así que le vió en la puerta, le atrapó y le dió tal tanda de pescozones y patadas, que fue milagro saliese vivo de sus manos.

En vista de esta y otras diabluras, Mari-Juana y Homobono pensaron que era indispensable tomar un partido decisivo con el chico; con tanta mas razon, cuanto que Periquillo tenia ya trece años.

Dejar al chico en el pueblo, ó á pocas leguas de él, era no adelantar nada, porque harto sabian Mari-Juana y Homobono que la principal perdicion del chico eran el mimo y la escesiva indulgencia que siempre habia tenido y seguia teniendo en casa.

Sin embargo, yo debo consignar aquí un hecho, por si puede servir de algo para resolver con mas acierto el problema de la educacion de los niños: á mi hermano y á mí nunca nos tocaron al pelo de la ropa nuestros padres, y nuestros padres han ido á la sepultura sin que mi hermano ni yo les hayamos dado un disgusto. No lejos de nuestra casa vivia una familia labradora, como la nuestra, cuyos chicos llevaban lapos todos los dias; y á pesar de esto, los padres de aquellos chicos han ido á la sepultura abrumados de disgustos dados por sus hijos.

Me contento con citar un hecho, y dejo los

comentarios y deducciones para los que son mas sabios y discretos que yo.

Mari-Juana y Homobono decidieron enviar á Periquillo á Madrid al establecimiento de un paisano y amigo que le vió con motivo de haber venido á pasar algunos dias en la aldea, y enamorado del despejo del chico, se propuso sujetarle, enseñarle, y hacer de él un hombre de provecho. El chico se manifestaba contento con este viaje: Mari-Juana y Homobono le proveyeron de un buen cofrecito de ropa, y apesuraron el dia de la partida, temerosos de que una nueva diablura como la del *boca-así*, les proporcionase un nuevo disgusto, y al chico una nueva tanda de pescozones y puntapiés.

En medio de la desolacion y el llanto de la pobre Mari-Juana, á quien todo le habia parecido poco para aviar al chico, así de ropa como de comida para el camino, y aun de dinero, partieron Homobono y el chico para tomar este el ferro-carril de Bilbao.

Ya en la estacion, sacado el billete hasta Madrid y facturado el cofrecito, Periquillo se separó de Homobono diciendo que iba á no sé qué, y volvía al instante.

Periquillo tardaba en volver, y Homobono se deshacia.

—¡Señores viajeros, al tren!

Periquillo no volvía, y Homobono estaba en ascuas con su tardanza.

Ya todos los viajeros estaban en los coches, y Periquillo no parecía, por mas que Homobono le buscaba por todas partes.

Sonó una campanilla y... fu, fu, fu, partió el tren, dejando á Periquillo en Bilbao, pero llevándose su equipaje y nueve duros mal contados, que el pobre Homobono habia dado por el billete de segunda.

Homobono, cuando le vió partir sin el chico, estuvo para caerse muerto de desesperacion.

Pasó medio dia buscando á Periquillo, y no pudo dar con él: únicamente en el cuartel le dijeron que allí habia estado un chico de las mismas señas que Periquillo, preguntando si admitian chicos para aprendices de corneta.

Creyendo que Periquillo se habia vuelto á la aldea, fue á la posada, donde habia dejado un caballejo de casa, en que habian venido el chico y el cofre, y le dijeron que el chico habia estado allí y se habia marchado llevándose el caballo.

El pobre Homobono tomó el camino de la aldea, seguro de encontrar ya allí caballo y chico; pero se encontró, cuando llegó, que ni uno ni otro habian parecido por allí.

Si Mari-Juana, y aun el mismo Homobono, no se murieron de pena entonces, fue porque nadie se muere hasta que Dios quiere.

V.

¿Dónde andará Periquillo?—Periquillo, caballero.—Periquillo, sin caballo.—Periquillo, pastor.—El primer pescozon de Homobono.—Vuelta á las andadas.—Los laureles de Vizcaya.—De cómo ganó Periquillo un buen almuerzo.—Periquillo, boticario.—Periquillo, zagal.—Periquillo, militar.—Periquillo en el otro mundo.—Moraleja de las aventuras de Periquillo.

Mari-Juana y Homobono esperaron un día, dos y hasta tres que Periquillo volviese á casa; pero viendo al tercer día que no volvía, ni nadie daba razon de él, se alarmaron profundamente, y Homobono determinó salir en su busca.

Cuando Homobono andaba de aquí para allí en busca del chico, sin que este pareciese vivo ni muerto, es decir, á los ocho dias de la escapatoria y en el mismo en que Homobono volvía á casa desesperado de encontrar al prófugo, un pastor guipuzcoano con su rebaño de ovejas, apareció en los montes que dominaban el pueblo.

Cuando al anochecer los chicos del pueblo volvian del monte, á donde habian ido á buscar el ganado, bajaron con la noticia de que Peri-

quillo estaba con el pastor. Mari-Juana y Homobono no lo querian creer, con tanto mas motivo, cuanto que los chicos decian que con el pastor no habian visto caballería ninguna, y que el que ellos tenian por Periquillo estaba vestido de pastor, es decir, que llevaba capusay (especie de dalmática con capucha) abarcas con mantos abigarrados (especie de peales de lana) y sobrecalzones de piel de oveja; pero, no obstante, así que amaneció el dia siguiente, Homobono subió al monte, y una hora despues bajó con Periquillo, despojado ya del capusay y los sobrecalzones de piel.

Periquillo venia cabizbajo, y Homobono decia que le habia dado lo que no se le habia de caer tan pronto. Esto no pasaba de una farronada de Homobono, que despues se averiguó haberse contentado con dar á Periquillo un gznatazo, de que casi le pidió perdon un minuto despues.

Cuando Mari-Juana vió á Periquillo, exclamó llorando de alegría, y rabiando por besarle y abrazarle:

—¡Deja, deja por mi cuenta á ese pícaro, que le he de matar!

Pero Homobono la detuvo replicando:

—No te molestes, que ya tiene bastante para una temporada con la tunda que yo le he dado.

Vamos á ver lo que habia hecho el Sr. Periquillo durante aquellos ocho dias de escapa-

toria. Encontrándose con un puñado de pesetas en el bolsillo y un caballito en la posada, habia creido mas divertido y cómodo que ir á Madrid á encerrarse en una tienda y á andar derecho á fuerza de pescozones, irse á dar un paseito por Vizcaya, donde habia muchas cosas que ver y él no habia visto aun á pesar de estar siempre oyendo hablar de ella.

Montado en su caballo como un señor, y regalándose como un idem en las posadas, habia dado una vuelta por la merindad de Durango, que realmente merece verse, habia pasado á la de Marquina, que tambien es curiosa; de allí se habia dirigido á la de Busturia, que es curiosísima y deliciosa, como que forma su centro el valle de Guernica; deseoso de visitar tambien la de Uribe, que es de mi flor, en Bermeo habia tomado el camino de Munguía, donde, faltándole los cuartos, habia tratado de vender el caballo. El alcalde de Munguía, que era listo como un demonio, como buen munguiés, sospechando algun fraude en la venta y en las esplicaciones del chico, habia detenido chico y caballo hasta descubrir la verdad. El chico se habia escapado sin caballo ni dinero, y se habia ajustado de criado con un pastor guipuzcoano, á quien habia logrado llevar hácia su pueblo, diciéndole que allí habia escelentes pastos; pero realmente con intencion de abandonar allí la vida pastoral, que

le iba ya cargando como todas las vidas. Esta es, en resúmen, la historia de las nuevas aventuras del Sr. Periquillo.

Homobono recobró al fin el caballo, aunque gastando la mitad de lo que el caballo valia, en viajes, justificaciones y pago de la manutención del animalejo.

El cofre tambien le recobró, pues recuerdo que yo mismo se le recogí en Miranda, aprovechando un viaje que por entonces hice á Búrgos.

En cuanto á Periquillo, el castigo que sus padres le impusieron fue el de que tomara todos los dias una azadita y trabajara en las heredades de sol á sol al lado de Homobono.

No tardó el Sr. Periquillo en volver á sacar los pies de las alforjas. Contar las diabluras que volvió á hacer en el pueblo, seria convertir la historia de sus aventuras en cuento de nunca acabar.

Entre sus diabluras habia algunas de género pasadero. A este número pertenece la que voy á referir. El domingo de Ramos se convierten las iglesias de Vizcaya en un verdadero bosque de laurel, pues así los chicos como los mozos cifran su mayor orgullo en asistir á la misa mayor con el ramo mas florido y grande que pueden adquirir y enarbolar. No faltan laureles en Vizcaya, que parece ser la tierra predilecta de ellos; pero el afan de la juventud masculina es buscarlos lo mas floridos posible. Toda

casería tiene á su lado un laurel mas ó menos hermoso, que en primavera se cubre de botones de oro; pero los moradores de aquellas que tienen laurelitos jóvenes, que son los que principalmente se convierten en ramos de oro en la primavera, ya pueden velar por ellos la noche que precede al domingo de Ramos, porque si no, y á pesar de que aquí casi nunca se infringe el sétimo mandamiento, se los birla la gente moza.

Un domingo de Ramos, poco despues de salir el sol, andaba por el pueblo como desatentado y furioso un labrador cuya casería estaba en las vertientes de las montañas que dominan el valle. Le habian cortado y robado la noche anterior un laurelito precioso que tenia en gran estima porque le habia plantado su padre, y porque el laurel era de lo que no habia en aquellos contornos.

—¡Daria, exclamaba el labrador, la pareja de bueyes por saber quién me ha robado el laurel, para no parar hasta echarle á presidio, aunque me costase mil ducados el conseguirlo!

—Pues fácil es averiguarlo, le dijo Periquillo.

—Qué, le preguntó el labrador abriendo tanto ojo: ¿sabes tú quién me le ha robado?

—Saberlo precisamente, no; pero sé quién lo sabe.

—¿Y quién es ese?

—No me atrevo á decirlo; porque si se descubre por mí el ladrón, me puede costar cara la fiesta.

—Yo te respondo de guardar el secreto.

—En boca cerrada no entran moscas.

—Te convidó á almorzar todo lo que quieras si me lo dices.

—¡Eso ya es otra cosa! Vamos á almorzar, y en cuanto concluyamos se lo diré á V.

El labrador y Periquillo fueron á la taberna, almorzaron allí como príncipes, y Periquillo dijo en seguida:

—El que sabe quien le ha robado á V. el laurel, debe estar ahora en la iglesia. Vamos allá, que lo ofrecido es deuda.

Fueron, en efecto, á la iglesia, y Periquillo dijo al labrador al entrar:

—No me he equivocado; en la iglesia está: le veo desde aquí.

El labrador no cabía en sí de gozo creyéndose ya á punto de averiguar quién era el bribón que le habia cortado el laurel.

Llegaron al pie del altar del Cristo, y Periquillo dijo al labrador, señalando al Señor crucificado:

—¡Ese es el que sabe quien le ha cortado á V. el laurel!

Si no están en la iglesia, el labrador mata á Periquillo de un palo; pero el tunante de Periquillo, en lugar de salir con el labrador, que

bufaba de rabia, se arrodilló al pie del altar, y se puso á rezar muy compungido.

Periquillo daba cada dia un sofocon á sus padres, y estos hicieron nuevos ensayos á ver si podian alejarle del pueblo. Le colocaron en Bilbao en una botica para moler drogas y hacer recados, y á los ocho dias se cansó de la botica y del boticario, y se escapó á la aldea, despues de mezclarle á la boticaria el rapé con mostaza. Le pusieron de zagal en la diligencia de Balmaseda á Bilbao; y el mayoral, que á la vez era el dueño del carruaje, tuvo que despedirle porque le comprometia y armaba camorras diariamente, llamando brujos á los de Zalla, rabudos á los de Güeñes y desolladores del buey vivo á los de Gordejuela, que desde tiempo inmemorial se amoscan oyendo estas gratuitas calificaciones.

A todo esto Periquillo se iba haciendo un moceton como un castillo, porque la mala yerba crece mucho.

Abriose en Vizcaya alistamiento para enviar un tercio de voluntarios á la isla de Cuba, donde un insigne militar vizcaino, el conde de Balmaseda, alcanzaba imperecedera gloria combatiendo heroicamente á las hordas de incendiarios y asesinos que devastaban á aquel hermoso territorio español, y dos mozos del pueblo de nuestro Periquillo fueron de los primeros que se alistaron en este cuerpo: uno de ellos

era el Mellado, y el otro era Periquillo. El Mellado se alistó por patriotismo y ambición de gloria, y por remediar á su madre, que estaba muy pobre, con los dos mil reales con que gratificaba el Señorío á los voluntarios. Periquillo se alistó solo por la novedad.

Mari-Juana y Homobono sentían que Periquillo se fuese tan lejos; pero Homobono decía: —Anda, que estando el charco por medio, allí se acabaron las escapatorias á la aldea; y luego es cosa muy hermosa eso de poder decir uno, como yo decía en la guerra de Africa: "Si me levantan la tapa de los sesos de un balazo, me la levantan por la patria." Despues ¡qué caramba! como ese chico es tan listo, puede que llegue á general, aunque tenga que aprender algo mas de escuela; ó si se acaba pronto la guerra y no le tira la milicia, ¡quién sabe si se dedicará en Cuba al comercio, y el mejor dia se nos meterá por las puertas hecho un indiano y con mas millones que menea un temblor de tierra!

Mari-Juana era de parecer que Homobono hablaba con cabeza.

Vi partir á los voluntarios, y entre ellos á Periquillo. Guapo estaba este por fuera con su uniforme de voluntario; pero pensé que estaba feo por dentro con su ignorancia, su holgazanería, su genio camorrista, sus instintos rebeldes y su inconstancia para todo lo bueno.

Mari-Juana y Homobono, que habian ido á Bilbao á despedir y prodigar los últimos mimos y los últimos consejos á Periquillo, vieron tambien partir á los voluntarios, ó, mas bien, no los vieron, porque las lágrimas cegaban sus ojos, como el cariño habia cegado antes su entendimiento.

Seis meses despues, la Casamentera recibió una carta de su hijo, en que este, despues de decirle que le acompañaba una letrita á fin de que se remediara con sus ahorros, porque ya se le iria acabando la gratificacion que él le habia dejado íntegra, añadía:

"En cuanto á mí, querida madre, solo tengo que darle buenas noticias. Ha de saber V. que de resultas de mi comportamiento en la accion que tuvimos últimamente en el Camagüey, me han dado una cruz pensionada con dos reales diarios mientras viva, y me han hecho sargento primero. En cuanto al pobre Periquillo... encomiéndenle Vds. á Dios, pues ayer murió en el hospital, donde hasta su último instante he procurado asistirle y consolarle, porque al fin éramos paisanos, amigos y condiscípulos. El pobre se cansó de la vida militar en cuanto llegamos á la Isla, y la aborreció de tal modo, que trató varias veces de desertarse, y de resultas de los castigos que le impusieron enfermó del pecho, y no ha habido remedio para él. Déles V. esta triste noticia á sus pobres padres,

preparándolos á recibirla como su prudencia le dicte, y dígales que si algun haber ha dejado, yo tendré buen cuidado de recogerlo y enviárselo. En medio de todo, debe servirles de mucho consuelo el saber que el infeliz Periquillo ha muerto como verdadero cristiano, y sinceramente arrepentido de sus extravíos, y sobre todo pesaroso de los disgustos que ha dado á sus padres, cuyo nombre fue la última palabra que pronunciaron sus labios."

.....

Tal es la historia del desgraciado Periquillo. No la olviden Vds., caballeros lectores de este libreo, porque... ¡ay de Vds. si entre Vds. hay algun Periquillo que no se enmienda despues de leerla!

FIN DE LAS AVENTURAS DE PERIQUILLO.

INDICE.

Pág.

- I. — El autor de este librito echa una parrafada á modo de prólogo.—Los bienes y el llanto de Mari-Juana cuando enviudó.—La Casamentera y el cuento de la viuda.—Homobono.—Impugna el señor cura las falsas ideas de Homobono.—La Casamentera saca los colores á Homobono y Mari-Juana.—El marido de Mari-Juana resucita.... 3
- II.—Madrastras y padrastros.—¡Arre, borriquito!—Los niños voluntariosos.—El niño volatinero.—Lo que Periquillo sabia á los seis años.—La saliva en la frente.—Los calomelanos.—Los higos del señor cura.—El responso.—Las quejas del vecindario.—Conferencian Mari-Juana y Homobono.—¡De una orejita á la escuela!,..... 13
- III.—Los maestros pegones.—Recuerdos del mio.—La costumbre de pegar.—El maestro de Periquillo.—Consuélase Periquillo al saber que las leyes no tienen fuerza retroactiva.—Periquillo se enmienda.—Alegría de la casa paterna.—¡Pataplum! — El maestro infringe la ley fundamental del Estado.—Congreso doméstico.—Periquillo muda de maestro..... 29
- IV.—Conocimientos con que se habia enriquecido Periquillo á los once años.—El cólera artificial.—Delibera el Congreso de familia sobre la suerte futura de Periquillo.—La eleccion de oficio.—Propone el señor cura un oficio, y Periquillo alega y prueba que ya le sabe.—Periquillo emprende la honrosa carrera de la obra prima.—Una copla, una descalabradora y un ensayo de tirapié.—Fuga y tachuelas en salva la parte.—Recepcion en la casa paterna.—Nuevas diabluras.—Periquillo se prepara para ir á Madrid.—¡Adios, Madrid, que te quedas sin gente!..... 40

V.—¿Dónde andará Periquillo?—Periquillo, caballero.—
Periquillo, sin caballo.—Periquillo, pastor.—El primer
pescozon de Homobono.—Vuelta á las andadas.—Los
laureles de Vizcaya.—De cómo ganó Periquillo un buen
almuerzo.—Periquillo, boticario.—Periquillo, zagal.—
Periquillo, militar.—Periquillo en el otro mundo.—Mo-
raleja de las aventuras de Periquillo..... 53

11





